



CAPÍTULO VIII



n el que se cuenta
el viaje de Viana
a través del Gran Bosque
y el sobresalto que sufrió
junto al arroyo.

VIANA CAMINÓ TODO EL DÍA, sin detenerse a pensar en que estaba internándose más y más en el Gran Bosque, el lugar donde nacían todas las leyendas y contra el que la habían prevenido desde que era niña. Se limitó a cruzar el arroyo en tres saltos y a seguir adelante, siempre adelante, como si aquello no fuera una búsqueda imposible, sino una partida de caza como la de cualquier otro día.

Y al principio, así se lo pareció. El bosque que se extendía al otro lado del torrente no era muy distinto al que había dejado atrás. Quizá un poco más espeso y umbrío... pero aquí se acababan las diferencias. Los mismos pájaros que ya conocía silbaban entre las ramas, los árboles no parecían más oscuros o amenazadores ni tampoco se atisbaban extrañas criaturas acechando entre la maleza: no había hadas, trasgos, duendes ni trols.

Viana, sin embargo, no bajó la guardia. Por una parte, tras su aprendizaje con Lobo, se sentía en el bosque como pez en el agua y tenía mucha confianza en sí misma y en sus capacidades. Pero, por otro lado, había pasado toda

su vida escuchando historias terroríficas acerca del Gran Bosque, y nunca había dudado de su veracidad.

Llegó la noche, y la joven no había descubierto nada extraordinario. Al menos, no aún. Pero, de todos modos, eligió para acampar un lugar resguardado en el hueco de un enorme árbol, y renunció a encender ninguna hoguera que pudiera revelar su posición. Ya no refrescaba tanto al caer la tarde, por lo que esperaba que su capa bastaría para mantenerse caliente y, además, guardaba en su morral algo de pan, queso y carne en salazón, así que por el momento no necesitaba fuego para cocinar. Sabía, por supuesto, que tarde o temprano tendría que cazar, pero ya se lo plantearía más adelante, cuando no le quedara otra alternativa.

Se acurrucó, pues, al pie del árbol y se envolvió bien en su manto, dispuesta a pasar la noche. Daba por supuesto que sería incapaz de dormirse; pero oyó el canto de los grillos, el susurro de la brisa en los árboles y el ulular de un búho, y nada de aquello le pareció peligroso. Al contrario: le recordaba tanto a su hogar en el bosque que no tardó en caer rendida por el cansancio.

Cuando despertó, todo seguía igual. Ningún hada la había transformado en animal durante su sueño ni había sido devorada por trol alguno. Y todas sus pertenencias seguían allí: los gnomos no se habían aventurado en su refugio para llevárselas, aunque descubrió que un ratón había husmeado en su morral y le había dado un par de mordiscos a lo que quedaba del queso. Y aún tenía suerte de que no había robado nada más, pensó Viana, un tanto

avergonzada. Preocupada por si recibía visitantes sobrenaturales, había descuidado a los habitantes habituales del bosque.

Desayunó rápidamente y se puso en marcha. A aquellas alturas, seguro que en el campamento ya habían notado su falta. Se preguntó si Lobo habría adivinado hacia dónde se dirigía y si, de ser así, iría tras ella. Viana no conocía a nadie que se hubiese internado tanto en el Gran Bosque como ella, y tampoco estaba segura de hasta dónde llegaba el respeto de Lobo hacia aquel lugar. Porque él se negaba a creer en la existencia de cosas tales como un manantial de la eterna juventud, pero, por otro lado, también le había repetido muchas veces que adentrarse en el Gran Bosque era una auténtica locura.

Por si acaso, apretó el paso. Le llevaba ventaja, pero el viejo caballero era muy diestro siguiendo rastros y, además, se desplazaba por el bosque con más facilidad que ella.

A lo largo de la jornada, sin embargo, empezó a notar que todo a su alrededor se volvía diferente. Los árboles parecían más altos, y su ramaje, más tupido. Se hacía cada vez más difícil encontrar huecos entre la espesura, y los sonidos del bosque se oían con mayor intensidad, como si sus moradores fueran conscientes de que allí, en aquel reducto, no debían preocuparse de si los seres humanos los escuchaban o no. También empezó a ver especies de insectos y plantas que desconocía, y una pequeña criatura peluda, de enormes ojos redondos y larga cola anillada, la contempló sin inmutarse desde lo alto de una rama.

Viana se quedó mirándola, con el arco a punto, por si fuera alguna especie de duende. Pero el animal trepó ágilmente hasta la copa del árbol y se perdió entre el follaje, y Viana no se preocupó más por él.

La tarde fue complicada. Cada vez le resultaba más difícil abrirse paso por aquel intrincado laberinto vegetal, pese a su entrenamiento junto a Lobo. Cuando se puso el sol, casi se sintió aliviada porque tenía un buen motivo para detenerse y descansar.

La segunda noche en el Gran Bosque, sin embargo, fue bastante peor que la primera. La humedad del ambiente traspasaba su capa y la hacía añorar el calor de una buena hoguera, pero seguía sin atreverse a encenderla. De modo que volvió a tomar una cena fría y a arrebujarse en su manto, tiritando. Y en esta ocasión los sonidos nocturnos, más extraños e inquietantes que aquellos a los que estaba acostumbrada, la mantuvieron alerta hasta bien entrada la madrugada.

Se despertó con las primeras luces del alba, entumecida y agradeciendo, en el fondo, que se hubiese hecho de día por fin. El bosque no parecía tan amenazador a la luz de la mañana, y se reprendió a sí misma por ser tan medrosa. De nuevo se puso en marcha, pero en esta ocasión se preguntó por primera vez si estaría muy lejos de su destino y si reconocería el lugar cuando lo viera.

No se dio cuenta de que unos profundos ojos rasgados la contemplaban desde la espesura. Tampoco oyó los susurros y las risas contenidas que ocultaba la floresta, ni descubrió las ligeras huellas de unos pies diminutos sobre

el barro ni los retazos de piel moteada que podían atisbarse entre los árboles para aquellos que sabían mirar. Todo ello le pasó inadvertido, y no porque no fuera una experta rastreadora sino, simplemente, porque algunas de las criaturas que habitaban en el bosque profundo eran mucho, muchísimo más viejas que ella, y sabían muy bien cómo ocultarse a los ojos de los mortales.

Por fortuna para Viana, los seres que la vieron abrirse paso por el Gran Bosque fueron todos benévolos o, en el peor de los casos, indiferentes. Incluso había pasado demasiado cerca del cubil de una mantícora sin advertirlo. Solo la suerte quiso que la bestia estuviera en aquel momento durmiendo tras una comilona, y que la brisa no soplara en su dirección. Pero Viana nunca supo lo cerca que había estado de no regresar jamás.

Así, aquella tarde llegó hasta un claro del bosque con cierta sensación de inquietud, pero sin haberse visto en peligro en ningún momento y sin haber percibido nada sobrenatural o extraordinario en aquel lugar. No obstante, cuando los árboles se abrieron y dieron paso a un espacio más despejado, Viana lo agradeció profundamente, sobre todo porque por aquel paraje discurría un río, y ella estaba deseando lavarse y rellenar su cantimplora de agua fresca.

Se acuclilló, pues, a la orilla, y procedió a asearse. Se detuvo a pensar si valía la pena desvestirse para bañarse un poco, pero desechó la idea porque el agua estaba muy fría.

Remontó un poco el curso del río, buscando un paso para vadearlo, y encontró un lugar donde el caudal estaba

salpicado de piedras que sobresalían del agua. Viana saltó sobre la primera de ellas y paseó la mirada por el río, tratando de elaborar mentalmente un itinerario para cruzar.

Y entonces vio algo que llamó su atención.

Al principio no supo qué era y se quedó mirándolo, desconcertada: una forma de color pardo que cubría una de las rocas por las que tenía previsto pasar. Quizá fuera maleza o musgo, pero parecía demasiado sólido.

Se aproximó con precaución, saltando de piedra en piedra. Cuando estaba un poco más cerca, pensó que tal vez se tratara del cuerpo de algún animal. Se detuvo de nuevo, cautelosa, pero aquello no se movía. Quizá estuviese muerto.

Y entonces se dio cuenta de que era humano. O, al menos, lo parecía.

Viana se agachó sobre la roca en la que se encontraba y lo observó con atención.

Era un muchacho. Yacía de bruces sobre la piedra musgosa, la parte inferior de su cuerpo sumergida en el agua, los brazos desmadejados, el cabello cubriéndole el rostro. Viana reprimió el impulso de correr en su ayuda por dos motivos: la piel del chico era de un extraño color moteado, entre pardo y verdoso... y estaba completamente desnudo.

La joven sintió que le subían los colores. Ni la convivencia con los rebeldes en el campamento ni los modales groseros de Lobo habían logrado borrar el decoro que le habían inculcado desde pequeña. Después de todo, había nacido como la hija de un duque y no acostumbraba a ver



muchachos desnudos. Por fortuna, aquel estaba tumbado bocabajo sobre la roca. Aun así, su vista le resultaba perturbadora, por lo que se acercó más y le echó su propia capa por encima para cubrir su cuerpo. Una vez hecho esto, pudo pensar con un poco más de claridad.

Era evidente que aquel no era un chico corriente. Nadie tenía una piel así, por no hablar de su cabello. Viana lo estudió con curiosidad. Parecía rubio, pero de un tono que no había visto nunca, como el del trigo cuando aún no está del todo maduro. El corazón de Viana empezó a latir más deprisa. ¿Qué clase de criatura era aquella? ¿Sería un duende? Ella había oído decir que los duendes eran más bien pequeños, y el muchacho de piel moteada parecía bastante alto. También contaban que las criaturas feéricas tenían las orejas puntiagudas. Viana observó al chico con aprensión. No se atrevía a apartarle el pelo para verlo con mayor claridad, pero habría jurado que sus orejas eran normales.

Por lo demás, parecía un chico normal, de unos quince o dieciséis años. Salvo por aquella extraña piel y aquel pelo tan raro, y por el hecho, claro, de que estaba desnudo en mitad del bosque.

Quizá aquel muchacho supiera algo sobre el manantial de la eterna juventud o cómo llegar hasta él. Eso, naturalmente, en el caso de que estuviera vivo.

Viana se atrevió a rozarlo con la punta de los dedos. Su piel estaba cálida y, al mismo tiempo, sorprendentemente suave. La joven casi habría esperado que fuese áspera o rugosa, pero parecía la de un niño.

El muchacho se estremeció bajo su tacto y dejó escapar una especie de gañido.

Estaba vivo. Viana retrocedió con brusquedad y lo observó un momento más, dudando entre salir huyendo o ayudarlo. Finalmente, la compasión fue más fuerte y se inclinó sobre él, con precaución, para comprobar su estado. Le dio la vuelta –manteniendo su capa estratégicamente situada sobre el cuerpo de él– y examinó su rostro. No parecía haber sufrido heridas ni golpes, pero sus labios estaban resecos y agrietados. «Tiene sed», adivinó Viana, extrañada. ¿Cómo era posible que aquel chico hubiese llegado sediento hasta el centro de un río sin haberse detenido a beber? «Quizá el agua no sea buena», pensó la joven con una punzada de temor. Desechó aquella idea de su mente. No había notado nada anormal en su sabor y, en todo caso, si estaba contaminada era ya demasiado tarde para ella. Decidió arriesgarse, y mojó los labios del muchacho con un chorro de agua de su cantimplora.

Él dio un respingo, sobresaltado. Viana contuvo el aliento al ver sus ojos, de un verde tan profundo como el musgo que cubría los árboles centenarios.

–Tranquilo, tranquilo –trató de calmarlo–. Estás a salvo. Bebe, te sentará bien.

Pero el muchacho no parecía entenderla. Contempló asustado la boca de Viana, como si no comprendiera por qué salían de ella tantos sonidos, y después se quedó mirando el odre que le tendía, al parecer sin saber qué debía hacer con él. Viana, entre desconcertada y exasperada, vertió un chorro de agua sobre sus labios...